

PREGÓN DE SAN TORCUATO EN EL 1950 ANIVERSARIO DE SU VENIDA

José Luis CAMPOY GÓMEZ

La Divina Providencia escribe derecho con renglones torcidos.

Lo aprendí de mis padres y, como las primeras lecciones de la infancia, es materia sagrada e imborrable. Quizá por ello ni a mí mismo me espante el que alguien tan desnudo de autoridad como yo y tan ayuno de saberes como quien les habla tenga la osadía de aceptar la honrosa invitación con la que el presidente de la Hermandad de San Torcuato D. José María Ortiz Valero me ha distinguido. También me honra con su amistad. A su invitación para pregonar, para anunciar con júbilo la fiesta de San Torcuato y a su amistad quisiera responder con lealtad y aunque mis renglones sean torcidos, van con la derecha que dicta la fe compartida y la sinceridad del amigo que le admira.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Ilustrísimo Cabildo Catedral, Autoridades, Venerable Hermandad de San Torcuato, Sras., Srs.:

Un coetáneo de S. Torcuato, Plinio el Joven, abogado famoso, senador y tribuno militar de la Legio Tercia Gallica, escribió en una de sus importantes epístolas, comprendida en el libro octavo, lo siguiente: «La senectud en los hombres es venerable, mas la antigüedad en las ciudades es cosa sagrada».¹

Desde este bello enunciado quiero partir para realizar, -Dios quiera con dignidad-, lo que brillantemente han conseguido quienes han alentado y enardecido en años anteriores nuestro fervor guadijeño de hijos de S. Torcuato.

Difícil tarea si recordamos -y lo hacemos con entusiasmo- el formidable elenco de historiadores, abogados, médicos, filósofos, poetas y sacerdotes, entre otros, que animaron esta feliz vigilia.

Por ello, naturalmente, poco o nada nuevo puede añadirse a nuestra bien conocida historia. Lo que no es obstáculo para que reunida la familia de San Torcuato en esta tarde, saquemos con júbilo del arca o del armario el antiguo y floreado en otro tiempo envase de la rica carne de membrillo, ahora lleno a desbordar de retratos teñidos con el amarillo desvaído de los muchos años. En ellos gozamos la imagen de nuestros mayores, presentes y casi animados gracias a aquella revolucionaria invención de la cámara oscura. No nos cansa volver cada año y las veces que nos apetezca sobre ellos pues son nuestras raíces, la sangre que nos ata a la vida.

A mayores y pequeños nos complace repasarlos en la quietud de la animada velada familiar.

Si les parece comencemos, sin más, como cualquier familia el particular encuentro en la fe de los hijos de San Torcuato; pero volvamos atrás.

«La antigüedad en las ciudades es cosa sagrada».

Recalamos, una vez más, en los orígenes de Guadix que son los nuestros.

Numerosos son los historiadores que lo tratan con exactitud. Naturalmente nosotros

¹ Plinio. *Lib.8 Ult. epíst. ad Maxim.*

acudimos a los de nuestra propia cantera. Así por ejemplo el Dr. Fernández Segura, accitano e historiador, en su *Guía de Guadix* cuenta que en el Museo Arqueológico Nacional se encuentran vasos argáricos, en sus diversas variantes, procedentes de Guadix.²

También allí, citando al arqueólogo granadino profesor Botella, se dice que entre los años 350 mil y 175 mil a. C. existió una civilización que seguía a los animales hasta los márgenes de un enorme lago que era la Hoya de Guadix.

En el Neolítico 7.000 y 6.000 años a.C. comienza a practicarse la agricultura y domesticación de animales. Posteriormente, entre 4.200 y 1.900 años a.C. -Edad de Cobre-, nuestra zona se caracteriza por la exportación de mineral que no se corta en toda la Edad del Bronce, así como, luego, la explotación y exportación de plata a la península. Por todo ello no es de extrañar que fenicios y cartagineses se establecieran en Guadix, atraídos por su riqueza minera en plomo, hierro y plata.

Así, nuestro también paisano e historiador D. Carlos Asenjo, en sus abundantes y minuciosos estudios sobre Guadix, mantiene con otros historiadores, que Acci fue fundada por Pigmalión, hermano de la reina Dido; estamos hablando de la colonia fenicia que data del año 818 a.C., y añade que tal población se dispersó, siendo, más tarde, rehecha por los romanos.³

A este prehistórico lugar, disputado por todos los pueblos y civilizaciones, llegan los romanos. El mismo César, según Fernández Segura, en el año 45 a.C., tras la célebre batalla de Munda establece en Acci la colonia romana para albergar a los veteranos de sus Legio Prima Vernácula y Legio Secunda. Por lo que no es de extrañar que sobre el nombre indígena de Acci se añadieran los de Julia y Gemella.⁴

Posteriormente ACCI, con la venida de los musulmanes, se convierte en Medina Beni Sam y después en Guad- Haxi que como Vds. saben significa Río de ACCI.

Permítasenos, por tanto, a los accitanos y a quienes viven y transitan por estos sagrados espacios la alegría y el gozo de compartir nuestro paisanaje, nuestro discurrir, abocado ya al tercer milenio, con cuantos han paseado la existencia por estos mismos lugares en tiempos tan remotos, unos, que a muchos les pueda parecer leyenda y tan próximos, otros, que su estela aún no se ha deshecho entre las turbulencias de esta mar arbolada por la que navegamos.

En esta gozosa víspera de la festividad de nuestro Mártir Torcuato, primer Obispo de Guadix, nos alegramos, precisamente en el carácter sagrado de nuestra ciudad y no sólo por su antigüedad -que a estas alturas es evidente hasta para los más críticos,- sino por su entronque y conexión con las raíces mismas, con los orígenes de la Iglesia de Jesucristo.

En este segundo aspecto -entronque y conexión con la Iglesia de Jesucristo- hay historiadores recalcitrantes, los menos, que vamos a obviar por dos razones fundamentales, en las que, precisamente, también ellos están de acuerdo.

1ª Es un hecho indiscutible la fe cristiana de ACCI desde los primeros tiempos. El Obispo accitano Félix preside el Concilio de Illiberis, lo que evidentemente supone una organización eclesial bastante más antigua que, naturalmente y en buena lógica, enlazaría con la tradición de los Varones Apostólicos.

2ª La tradición en la Iglesia universal y la nuestra particular mantiene como primer testigo que recogió la fe de Pedro, directamente, a Torcuato y compañeros.

Felices han de ser, sin duda, aquellos pueblos que recibieron la buena alegría del

² Fernández Segura. *Guía de Guadix*, 1990

³ C. Asenjo. *De Acci a Guadix*, 1980

⁴ Fernández Segura. *Guía de Guadix*, 1990

Evangelio más tarde, en cualquier otro momento de la Historia, siglos después e incluso los que aguardan todavía la entrada del sembrador en sus campos. Hasta los que se incorporen a la hora nona serán bien recibidos, serán bien tratados en la Casa del Padre.

Pero a nosotros las accitanos nos cabe, además, la responsabilidad de ser la viña cultivada, la parcela cuidada desde el principio; ciertamente, una distinción honrosa que si examinamos con detenimiento lleva consigo la ineludible exigencia de producir más y mejores cosechas.

Ya había alcanzado el Santo Mártir Torcuato la altura de Acci, perdida en los confines de Occidente -esto es al final del mundo conocido en aquella época- «ciudad romanizada, coronada de mirtos y laureles, industriosa y agrícola» así la describe el Arce-diano, Capellán Real y Predicador de su Majestad D. Juan José Valverde Gómez,⁵ cuando el historiador judío Flabio Josefo escribió en su libro *Antigüedades Judaicas*: «En esta época vivió Jesús, un hombre excepcional, si es que acaso conviene llamarle «hombre», porque él hacía milagros y era maestro de hombres que reciben con alegría la verdad». Interrumpo la cita para saborear, para subrayar esta definición de cristiano concebida en la mente, en el pensamiento de un no cristiano, de un historiador judío. «Cristiano igual a hombre que recibe con alegría la verdad».

Y continúa el historiador: «Atrajo a numerosos judíos y griegos. Era el Cristo. Y cuando después de haberle denunciado nuestras primeras autoridades, Pilato le condenó a la crucifixión, se apareció resucitado como lo habían anunciado los profetas. El grupo que lleva el nombre de cristianos todavía no ha desaparecido». ⁶ Esto lo escribió Flabio Josefo en los años 80 del siglo primero. En otro libro suyo anterior llamado *Historia de las Guerras Judías* también hace expresa mención al hecho histórico de la vida, muerte y resurrección de Jesús y termina con estas otras palabras. «En nuestros días todavía no se ha agotado la raza de los que a partir de él se llaman cristianos». ⁷

Señoras y señores, la fe cristiana no precisa evidencias. No sería fe. La fe es un regalo, un don gratuito por el que los seguidores de Jesús creemos firmemente que Jesús es el Hijo de Dios, El Cristo, el Enviado. El único Salvador.

Lo creemos porque nos fiamos de su palabra, porque El mismo nos lo dice.

Pero si nos flaqueara la fe, pienso que no estaría nada mal apoyarse en la noticia puramente humana e histórica de un no cristiano, de un judío que hace mil novecientos y pocos años vivió, sintió la realidad histórica de Jesús tan cerca como nosotros hemos podido comprobar la existencia, por ejemplo, del gaditano Manuel de Falla, de la universal Madre Teresa de Calcuta, la de José María Pemán o la de la reina D^a. Victoria Eugenia o si descendemos a ámbitos muy cercanos a nosotros la presencia histórica de los beatos D. Manuel Medina Olmos y D. Pedro Poveda Castroverde.

Si bien es cierto que el bueno de D. Flabio Josefo nos comunica fe humana como historiador, como pronosticador y futurólogo se equivoca de lleno pues cuando apenas habían transcurrido 40 años de la resurrección de Cristo esperaba -según se deduce de sus palabras- que los seguidores de Jesús se tendrían que haber extinguido o estaban a punto de perderse en el olvido.

No contaba él con que ya en su tiempo un puñado de locos seguidores habían echado las redes o habían metido bien profundo la reja de sus arados para sembrar la buena noticia del Evangelio hasta en los secanos más agrestes, deliciosas vegas o rincones más alejados del Imperio Romano e incluso fuera de sus fronteras.

⁵ Valverde Gómez. *Bellezas Evangélicas*, 1950.

⁶ Flabio Josefo. *Antigüedades Judaicas*.

⁷ Flabio Josefo. *Historia de las Guerras Judías*.

No contaba él con que - y es nuestra afortunada realidad- Torcuato, entre los recién consagrados obispos por Pedro y Pablo se había dispersado con la diligencia de quien sigue el impulso del Espíritu de Dios y había llegado a nuestras tierras (-no nos atormenta si llegó con las tropas romanas por el suroeste o si descendió mediterráneo abajo y nos abordó por el este-) con el propósito firme de comunicar cuanto había visto y oído. Y nos lo comunicó con todo lujo de detalles.

En el Auto Sacramental, obra inédita de Lope de Vega sobre los Varones Apostólicos, que van Vds. a presenciar en rigurosa primicia, observarán precisamente los momentos cruciales de aquel testimonio, que para nosotros ha resultado definitivo.

Escribe el jesuita Zacarías García Villada en su *Historia Eclesiástica de España* que la Tradición de nuestra literatura medieval relaciona la obra apostólica de San Pablo en España con la venida de los siete varones: Torcuato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio, consagrados obispos por san Pedro y san Pablo en Roma y enviados a predicar el Evangelio a España.

Los historiadores Férotin y Savio califican esta tradición de antigua y sólida, ya que se contempla en cada uno de los siete calendarios mozárabes completos, cuyas copias, ciertamente, no son anteriores a la primera mitad del siglo XI. Sin embargo, su originaria redacción se remonta más allá del siglo VI de nuestra Era, con lo que sí están de acuerdo los historiadores.

Los dos primeros calendarios se encuentran en sendos manuscritos de Silos, uno del año 1039, otro del año 1052.

El tercero es un códice de la Universidad de Santiago de Compostela del año 1052.

El cuarto, de 1069, es de la Catedral de León.

El quinto y sexto son de París, aunque procedentes de Silos.

Y el séptimo, el célebre calendario redactado por Rabi ben Zaid, obispo de Elvira, nacido en Córdoba en la primera mitad del siglo X. También conocido por Recemundo, quien no sólo sabía latín, sino además árabe, lengua que utilizó para escribir en el año 961 el referido calendario.

Afirma el Padre García Villada que los primeros seis calendarios tal vez no sean muy anteriores al de Rabi ben Zaid o Recemundo pues en ellos aparecen nombres de santos del siglo IX, como el de las mártires Alodía y Nunilón, patronas de la ciudad de Huescar.⁸ Pero él mismo esclarece su duda al considerar -y nos parece correcto- que en los primitivos martirologios se iban añadiendo los nombres de obispos, mártires, etc., tal y como ocurre en la actualidad.

Escribe Pedro Suárez en su *Historia del Obispado de Guadix* que Torcuato y sus discípulos, tras ser consagrados obispos por San Pedro y San Pablo salieron de Roma por el Mediterráneo hacia España.

Desembarcaron en Adra, se encaminaron tierra adentro y llegando a un fresco y apacible valle distante más de media legua de Guadix, se pusieron a descansar, fatigados del camino y de allí enviaron (escriben San Isidoro y el Benedictino San Beda el Venerable (siglo VII) a algunos de sus discípulos por comida a la ciudad.

Por familiar y conocido, permitan que abrevie el relato.

Entraron en Guadix en ocasión que el pueblo celebraba fiesta a los dioses Júpiter, Mercurio o Juno y extrañando los gentiles la diversidad de hábito y religión de los forasteros, pareciéndoles que con ellos se profanaba la fiesta, determinaron echarlos. Advertido lo cual por los discípulos siguieron el consejo evangélico y cargados de prudencia se alejaron hasta donde había quedado San Torcuato y el resto de compañeros.

⁸ García Villada. *Historia Eclesiástica de España Tomo I - Parte I*, 1924

Pretendiendo los paganos - nuestros antepasados- darles alcance con no demasiada buena intención, al pasar el puente, se derummbó éste con el consiguiente desastre.

El extraordinario suceso del puente causó tanto terror a los gentiles de Guadix que discurriendo ser ejecutado por brazo superior que el que ellos idolatraban, convirtieron la natural fobia en respeto a los forasteros y una nobilísima senatriz de la ciudad, cuyo nombre era Luparia, los envió llamar. Les preguntó la causa de su venida y lo explicaron tan convincente y tan ardientemente que la dama recibió el bautismo. Construyó luego una iglesia y un bautisterio y a poco el pueblo, siguiendo el ejemplo de Luparia, se convirtió a la fe de Jesucristo.⁹

García Villada afirma que el punto de partida de esta tradición hay que buscarlo, además de en los calendarios citados, en la literatura hagiográfica medieval y anterior, como por ejemplo en el Martirologio histórico de Lyon o en el Santoral de Cardena, conservado actualmente en el British Museum de Londres y en el de Silos, que se guarda en la Biblioteca nacional de París.¹⁰

Y para no canserles con más datos, por otra parte ilustrativos de nuestras verdaderas raíces, veamos, si les parece, cómo se encontraba Guadix, qué desarrollo tenía en nuestra ciudad la vida religiosa y social al mismo tiempo que sucedía cuanto llevamos narrado.

Por el gran foro, en carrozas de nácar y de rosas o en cuadrigas ligeras, resplandecientes, como escudos imperiales, cruzaban las matronas accitanas, rodeadas de esclavos y libertos y con displicencia helénica, con la tristeza de quien nada cree depositaban ramos de violetas en los altares de Palas Atenea.

A ese ambiente llegan con sus mantos deshilachados y las túnicas descoloridas aquellos locos del Nazareno resucitado. Examinan y aprenden la estructura de la ciudad que por entonces ya disfrutaba del bien ganado «ius italicum» lo que suponía el no despreciable beneficio de la exención de impuestos para los habitantes de Acci.

Rápidamente asimilan el trazado viario de la oppidum paseando su atrevimiento Torcuato y los suyos por aquel cardus y decumanus máximos en lo que hoy son las calles de la Concepción y Santa María, siguiendo a D. Carlos Asenjo.¹¹ En el cruce de ambas vías se situaría un foro, lugar en el que posteriormente se va a construir la iglesia de Santa María, después Mezquita mayor y finalmente la espléndida joya de nuestra catedral, florilegio de arte, conjunción de esfuerzos y habilidades de cientos de trabajadores. Allí arriba queda enarbolada para siempre en el lugar de honor de la fachada barroca la incrustación, el medallón de mármol blanco que el artista Antonio Moyano, en 1766,¹² dedica a la Encarnación del Verbo Divino que como hecho fundamental en la Historia de la Salvación preside desde arriba la exhuberancia del primer alzado.

Con esfuerzo y habilidad incrustó también Torcuato en el corazón de aquella oligarquía municipal de élite, en el corazón de la plebe y en el alma del liberto y del esclavo, artesano o proconsul, la verdad transcendental y sólida en la que se apoya toda la historia de la salvación: La revelación, la manifestación de Dios a los hombre en su propio Hijo hecho hombre.

Nada fácil resultó a Torcuato introducirse en medio de aquel politeísmo grecorromano, con atención popular preferente a las deidades indígenas como las de Latona, madre de Apolo y Artemisa, para los romanos diosa de la salud; o a Marte, dios de la guerra, cuyas

⁹ Pedro Suárez. *Historia Obispado de Guadix-B*, 1948

¹⁰ García Villada. *Historia Eclesiastica de España Tomo I - Parte I*, 1924

¹¹ C. Asenjo. *De Acci a Guadix* 1980

¹² Jaramillo Cervilla. *Las artes y la música en la Catedral de Guadix*. 1994

fiestas coincidían con el momento en el que los ejércitos romanos preparaban y lustraban sus armas de lucha, precisamente en mayo; o a Isis, además del culto al emperador.

Recordemos que Isis fue la diosa madre desde la más remota antigüedad egipcia y, por cierto, la más popular.

Isis representaba la fidelidad entre los esposos y además era el símbolo de la abnegada solicitud maternal. Su culto traspasó las fronteras de Egipto estableciéndose en distintos lugares especialmente costero-mediterráneos y ello gracias a la acción directa de comerciantes y navegantes. De donde no resulta descabellado, por tanto, aceptar, como en la actualidad hay quien señala y posiblemente con acierto, que en el lugar que ocupa nuestro desquebrajado cine Acci, en la Plaza de las Palomas, se ubicaba el templo pagano en honor a la diosa Isis. O quizá aquí al lado, en la calle de la Concepción, según otros.

Pero volvamos al Guadix en el que entró san Torcuato y sus compañeros. Para explicar aquel momento, a modo de ilustración conviene recordar que en el gigantesco Museo Arqueológico de Mérida se encuentran monedas acuñadas en el siglo I -época del emperador Tiberio- algunos denarios de plata, equivalentes a diez ases o cuatro sestercios con la efigie del Imperator.¹³ Entre los lugares exactos donde fueron acuñadas las de esa época figura Acci, lo que nos da idea de la importancia de nuestra ciudad no sólo por su estratégica situación de paso junto a las calzadas romanas, alojamiento de Legiones, etc., sino además, por su industria y comercio capaz de albergar talleres para acuñar moneda del Imperio.

Pues exactamente a este lugar es a donde Torcuato llega con su mensaje liberador de un Dios padre cercano y lleno de misericordia que envía a su propio Hijo para que nos elevara a los hombres, esclavos y libres, a la dignidad de hermanos del Hijo e Hijos del Padre. Era la revolución. Era el fuego que Cristo había traído a la tierra y de tal manera emprendió en la colonia romana Acci que obliga a decir al arqueólogo e historiador contemporáneo José M^a Santero que al ser Acci una de las primeras ciudades cristianizadas de la península, quizá la importancia que llegó a adquirir como sede episcopal desde los primeros momentos del cristianismo haya nublado su época de esplendor como colonia romana.¹⁴

Aun así y a pesar de la importancia reconocida por los historiadores a aquel núcleo original cristiano, los seguidores de Jesús necesitaron pasar los crisoles de la incompreensión, el trabajo aparentemente inútil y la persecución.

Era natural aquí, en una colonia romana donde se encontraban templos de las creencias más dispares, porque Roma no hizo cuestión del problema religioso entre sus pueblos conquistados, con tal que aceptaran el culto al Emperador.

Más tarde sí y fatídicamente en tiempos de Nerón llegó a castigarse -ley en mano- el nombre de cristiano con la muerte.

En buena lógica, ¿acaso cabía esperar un mejor recibimiento a las enseñanzas que traía Torcuato a esta ciudad pagana? ¿Cómo podían escuchar y entender nuestros antepasados las bienaventuranzas? Y ¿qué les podía parecer la nueva Ley del amor? Y aquello otro de «quien tiene apego a la propia existencia, la pierde; y quien desprecia su propia existencia en el mundo, éste la conserva para una vida sin término».¹⁵

Y ¿qué podían entender de la realidad, del misterio eucarístico? Dios mismo hecho alimento para sus criaturas. Nuestros antepasados no estaban locos, ni muchísimo menos.

¹³ Comprobado *in situ* por el pregonero.

¹⁴ J.M. Santero. *Colonia Iulia Gemella Acci 1972*

¹⁵ Jn, XII, 25

Los que realmente parecían locos de echar fuera eran aquellos extranjeros que venían a poner el mundo patas arriba. ¿Quién podía resistir aquello? Recordemos cómo los mismos seguidores de Cristo, judíos y por tanto en una órbita religiosa muy superior a los paganos, empezaron a dejarlo solo, precisamente, cuando tocó el tema de la Eucaristía:

«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

-Pues sí. Os aseguro que si no coméis la carne y bebéis la sangre de este Hombre, no tendréis vida en vosotros.»

-Y muchos discípulos,- nos cuenta Juan algunos años después de haber llegado Torcuato a Acci,- dijeron al oírlo:

«Este modo de hablar es intolerable ¿quién puede admitir eso?»

Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron más con él.¹⁶

Y sin embargo ahí está Jesucristo en el Sagrario; ahí permenece miles de años y los que hagan falta para nuestro alimento y compañía.

Pero cómo no iban a resultar duras, escandalosamente inaceptables para nuestros antepasados esta doctrina, estas enseñanzas de Torcuato, este mensaje que caía bruscamente sobre un ambiente en el que se adoraban las piedras, el sol, al emperador -ambiente que por otra parte no era la excepción en este rincón nuestro, sino regla general en todo aquel mundo conocido-, cómo no iba a escandalizar -digo- a nuestros antepasados esta doctrina si a nosotros, los ciudadanos del Guadix actual que, por reseñar un dato solo, hemos vivido en esta semana santa la bella y majestuosa presencia de 18 pasos procesionales, en concatenada y plástica catequesis, multitudinariamente aplaudida, amén de los 32 actos de culto comunitario entre catedral y parroquias, si a nosotros, veinte veces centenarios ya en el conocimiento de Cristo y de su Doctrina, aún nos faltan muy largas caminatas para desprendernos la cáscara de la religiosidad y adentrarnos en el verdadero conocimiento e imitación de Cristo que nos conduciría directa y esencialmente a servir a nuestro prójimo!. Es decir, a vivir las bienaventuranzas!

En nuestro «debe» se encuentra la herencia disfrutada, ojalá que no malgastada, del testimonio de millones de cristianos mártires, hombres y mujeres que han entregado su vida por los demás, vírgenes, religiosos, seculares, santos proclamados o anónimos, cuya existencia -en apariencia sin brillo, sin nombre casi- ha sido un verdadero derroche de trabajo con alegría para ser útiles a quienes les rodeaban, y a estas alturas de la historia, cuando casi ya nos está despertando el alba del tercer milenio desde aquella feliz Encarnación, todavía no nos arrancamos a saborear intensamente el misterio de nuestra pertenencia a la tarea de Jesús: vivir el amor y la justicia en esta sociedad maltrecha y difícil nuestra, no peor, ciertamente, que la que encontró Torcuato en Acci romana o dejó en la Roma imperial.

Mas volvamos a nuestros orígenes.

Tenemos que admitir con alegría que aunque no jugáramos bien,- realmente no estábamos entrenados- pero ganamos fuera. Esto es, gracias a la persecución de los indígenas contra aquellos extraños mensajeros y al asombroso suceso que protagonizaron entró Torcuato y compañeros en la ciudad.

Posiblemente, de no haber sucedido así las cosas, hubieran continuado su camino en busca de no sabemos qué señales tras reponer sus fuerzas en aquel agradable lugar alejado de la oppidum unos doce estadios o media legua (datos que aportan con exactitud el oficio mozárabe de San Isidoro, el Libro Gótico de Alcalá y el antiguo Breviario del

¹⁶ Jn, VI, 52-60

Monasterio de San Juan de la Peña, en Aragón, tradiciones tan antiguas como ciertas recogidas por Pedro Suárez).¹⁷

Difícil explicar los caminos de Dios y es que yo creo que ni nos corresponde hacerlo.

En la citada Historia del Obispado, escrita en el siglo XVII queda documentado fehacientemente que fue Guadix la primera ciudad en toda la península que abrazó la Ley de Cristo. Para ello aduce Pedro Suárez la autoridad de San Isidoro en su himno de San Torcuato donde después de haber referido el milagro del puente de la ciudad de Guadix dice que ésta fue la primera senda o puerta de los pueblos para la fe.

También aporta la autoridad del antiquísimo pergamino manuscrito de la librería del monasterio de San Bernardo de Toledo cuyo historiador murió poco después de los Siete Varones y en él se refiere que todo el pueblo dejó la falsa adoración de los ídolos y siguió el santo ejemplo de Luparia.

La tercera autoridad con que cuenta Pedro Suárez es la del Antiguo Libro Gótico de Alcalá, cuyas actas, referidas por don Juan Tamayo afirman lo mismo.

Don Fernando de Mendoza y el doctor Pisa dicen que engrandece mucho a la Iglesia de Guadix haber sido esta ciudad entre todas, la primera donde fueron hospedados San Torcuato y los demás apóstoles enviados por San Pedro. Y tienen razón en decirlo pues a la verdad adquirió con su venida muy singular gloria esta ciudad pues la iluminaron con el primer portento que obraron en España, la honraron con su presencia y la enriquecieron con su doctrina. Repite el doctor de las gentes que son hermosos los pies de los que predicán el evangelio y dichosos los montes y valles donde estamparon sus huellas y así mil veces dichosa, continúa D. Pedro Suárez, puede llamarse esta ciudad por haber estos siete predicadores pisado sus valles, pasado sus puentes y paseado sus calles.¹⁸

Ya que recordamos palabras de S. Pablo, se me ocurre, inmersos como estamos en el proceso vertiginoso de descubrimientos científicos por los que cada día alcanzamos metas más espectaculares, no descartaría quien les habla y -espero que los historiadores se lo propongan- que un buen día se sepa, documentalmente, que S. Pablo visitó también nuestra ciudad. Mis esperanzas se fundamentan, entre otras, en dos razones:

1ª Él mismo afirma haber estado en los confines de occidente y los confines de occidente, ni siquiera en aquella época, podían parapetarse en Tarragona. Había que llegar más abajo para encontrarlos, y

2ª Habiendo una calzada romana, la Vía Augusta, que descendía hasta pasar por Acci o una costa tan frecuentada como la del Mare Nostrum que comunicaba por medio de otra Vía hasta encontrarse en Acci con la Vía Augusta, no es posible imaginar a un viajero S. Pablo que se vuelve a Roma sin visitar precisamente a los primeros enviados especiales, con las bendiciones de Pedro y las suyas propias, para ayudarles y darles los ánimos que realmente necesitarían en aquel difícil encargo.

Tengo que poner fin a estas deshilvanadas ideas que Vds. sabrán, sin duda, darles el sentido y orden que requieren para que contribuyan, si es posible, a festejar por dentro y por fuera la enorme alegría de ser hijos de San Torcuato, sin que olvidemos la real responsabilidad de pertenecer a la primera ciudad que como tal comunidad se unió, en primerísima convocatoria, a la divina revolución del Evangelio de Jesús, emprendida aquí, directamente, por la mano de Torcuato.

Mas, antes, no me resisto a lanzar otro pensamiento en voz alta.

¹⁷ Pedro Suárez, *Historia del Obispado de Guadix*, 1948

¹⁸ *Ibidem*

Los restos de San Torcuato, aposentados en el Monasterio de San Rosendo de la orensana Celanova, han sufrido, sin éxito, -salvo la parte del brazo que nos acompaña desde el 12 de octubre de 1593- tres intentos de volver a las tierras que evangelizó. En la primera oportunidad, siguiendo a nuestro también paisano e historiador D. Santiago Pérez López, se consiguió al menos la reliquia de su brazo. El segundo intento tuvo lugar en 1857. Y el tercero ya a principios de este siglo en el pontificado de D. Timoteo Hernández Mulas.¹⁹

Señoras y señores ¡qué magnífica despedida haría Guadix al Segundo Milenio de la Era Cristiana o si me apuran ¡qué deslumbrante aurora la del Tercer Milenio con los venerados restos del Santo entre nosotros! El infatigable esfuerzo, que nunca agradeceremos suficiente, la constancia en el trabajo durante años de D. José María Ortiz Valero avivan, reconstruyen la llama de Face Retama donde un día saltara a la Vida Eterna Torcuato. Guadix, su sede y el Santuario de su martirio lo necesitan, lo reclaman entre nosotros.

Debo confesarles que después de todo lo consultado y leído sobre la presencia de san Torcuato en Guadix nada me parece tan rotundo como las palabras de don Carlos Asenjo: «Hay que pensar que nuestra ciudad ES, con su prestigio histórico y culto, gracias a san Torcuato. Sin él seguramente aquí no hubiera existido Silla Episcopal y sin ésta tampoco hubiera existido iglesia catedral, ni - por ser estricta consecuencia de ella- la medieval mezquita Aljama. Pienso, continúa don Carlos, que incluso hay razones para imaginar que posiblemente sin san Torcuato tal vez esta ciudad estaría ya borrada del mapa, como una ciudad yerma, recluida en los textos de la arqueología y quizá del recuerdo.²⁰

Pero, Señoras y señores, felizmente no es así. Somos por tanto herederos de la revolución que introdujo san Torcuato en la ciudad hace exactamente 1950 años, según la tradición.

Revolución que compromete una vez conocida. En ella se comprometieron los apóstoles hasta sus últimas consecuencias.

En ella se comprometió María, nuestra madre y madre de Jesús, desde la Encarnación hasta el final, apoyando e ilusionando a los apóstoles que dejándolo todo, entregaron lo único que tenían - su vida como testimonio- en la aspereza de aquella primera sementera y en aquel difícil campo sin roturar.

En breve va a comenzar el tercer milenio desde el inicio de aquel afán, de aquella desorbitada locura de Jesús que sólo quiso cumplir la voluntad del Padre. Fruto de aquel disparatado derroche de amor ha sido la fe de nuestros mayores, la nuestra y la de nuestros hijos.

Por ello les invito a agradecer a nuestro Santo Mártir Torcuato, desde lo más profundo de la intimidad, el regalo de la fe.

Aún siendo el último de los hijos de este pueblo les animo a expandir la gran herencia recibida, pues no de otra manera podríamos ser seguidores de Cristo, -hombres y mujeres que reciben con alegría la Verdad-, si no es siendo sus testigos, conociendo la Verdad de su Palabra, comunicándola, incluso, desde los terrados de nuestro tiempo y sobre todo viviéndola en la intensidad que lo hizo San Torcuato.

Sin olvidar en ningún momento la obligación de construir también nuestra ciudad terrena, en la que se necesita la colaboración de todos, el trabajo material y el empuje de cada uno para alcanzar de tejas abajo la ciudad ejemplar.

¹⁹ Santiago Pérez López. *Pregón 1989*

²⁰ C. Asenjo. *Pregón 1981*

Por último les invito a pedirle con grito festivo y esperanza compartida:

Obispo amoroso, tus ojos mortales vieron a la Virgen en Jerusalén. Ya que no tus ojos, danos tus virtudes para que en el cielo la podamos ver.²¹

Muchas gracias.

Guadix, 14 de mayo de 1997

²¹ *Del Himno a San Torcuato*